



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

EL ARTE NACIONAL



—La pantomima cómico-lírico-acuática que hemos tenido el honor de representar está arreglada del francés por los señores...
—¡No! ¡no!
—¡Sí! ¡Que lo diga!
—¡Que se calle! ¡Fuera!...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, IV, por José Echegaray.—Tiempo perdido, por José López Silva.—Impenitencia, por José Estremera.—La ejecución, por F. Serrano de la Pedrosa.—El agua del Lozoya, por Juan Pérez Zañiga.—Éxtasis, por Sinesio Delgado.—Dos cartas, por Egenio Conde.—Por si acaso!, por Alberto Casañal Shakerly.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El arte nacional.—Hamorada.—Anuncios, por Cilla.



Figueira.

Estos días ha circulado por aquí una noticia terrible. Díjose que se había presentado en España el terrible huésped—como llaman al cólera los periodistas poéticos—y que estaba haciendo estragos en esa capital.

Cundió la alarma, los españoles aquí residentes se llevaron las manos á la cabeza y cada cual pensó en sus seres queridos. Una señora casada que está aquí bañándose y ha dejado en Madrid á su esposo, confiado al celo de la doméstica, comenzó á lanzar voces en el Casino Mondego, cuando supo la noticia, y tuvimos que auxiliarla, dándole á oler vinagre y queso de Roquefort, que le gusta muchísimo.

—¡Ay, Eleuterio de mi alma!—decía ella mirando al queso de reojo.—¡Ay, pobre marido mío!

—Tranquícese usted—contestaba un socio.

Peró ella no se tranquilizaba de ninguna manera, acordándose de su Eleuterio que, según decía, es aficionadísimo á la fruta y está más expuesto que nadie á contraer la terrible enfermedad.

—Aunque no haya cólera ni nada, él siempre se queja del abdomen porque abusa del melón—decía la acorrajada esposa, aflojándose el corsé por sí misma.

Aquella noche puso un telegrama á una tía suya, para que le informara sobre la salud de Eleuterio, y al otro día recibió el siguiente despacho:

«Eleuterio sin novedad, pero enredado con la criada.»

Para que se vea que no debemos temer sólo al cólera. Hay otra porción de peligros mucho más serios y de peores resultados para el que se aleja de Madrid durante la presente estación.

Hoy ya ha desaparecido la alarma producida por los periódicos portugueses, alguno de los cuales nos suponía á los españoles en completo estado de putrefacción. La colonia veraniega continúa entregada al placer del baile y á las emociones amorosas, sin preocuparse de la peste ni de Bosch y Fustegueras.

En cambio, se dice que el Gobierno portugués va á acordonar la frontera y á establecer las fumigaciones domiciliarias por el sistema de las estufas. Se nos someterá, pues, á una temperatura de 100 grados, y cuando estemos bien cocidos, ya no habrá temor de que se desarrolle la peste.

Por de pronto, todo viajero debe venir provisto de un certificado en que conste que no padece enfermedad alguna contagiosa, que digiere bien y que no hay en su familia ningún moro, judío ni patrona de huéspedes.

Ya aquí, se presenta al médico higienista y, despojándose de las ropas, somete sus carnes á una investigación inteligente.

El médico obliga al viajero á andar á gatas, á sentarse, levantar una pierna, después otra, echarse de bruces en el suelo y dar unas cuantas volteretas sobre la alfombra. Después le ausculta, le palpa, le mete el dedo en la boca, y por último le sumerge en un baño de agua de jabón y ceniza, como quien echa ropa á la colada.

Con todas estas precauciones es punto menos que imposible la

presentación del cólera en Portugal, y caso de presentarse, se le exterminaría inmediatamente, que á esto y á mucho más están acostumbrados los *guardas fiscaes* de la frontera. Hay hombre de éstos que, en cuanto ve una cajetilla española en poder de un viajero, echa mano al sable y se arroja sobre su presa diciendo:

—¿Con qué intención trae usted estos pitillos?

—Con la de hacer un importante contrabando. Pensaba venderlos sin satisfacer los derechos de aduanas.

—Pues ha incurrido usted en una gran responsabilidad, y tengo el deber de detenerle. Déjese usted atar.

Los *guardas fiscaes* de esta aduana no exageran los procedimientos de fuerza y suelen ponerse en razón; pero en otros puntos de Portugal hay todos los días escenas terribles por causa del contrabando. Á un pobre viajero le encontraron en la maleta dos docenas de puros de diez céntimos, y por poco lo ahorcan. Á fuerza de suplicar pudo conseguir que le condenaran solamente á cadena perpetua, con la obligación además de aprenderse el *fado*.

Desde el 1.º de Setiembre comienzan á regresar á sus hogares muchas familias españolas que son sustituidas por las portuguesas procedentes de los pueblos del interior. Entre éstas vienen muchos *brasileiros* acaudalados y color de chocolate, con múltiples joyas en la pechera, en la corbata, en los oídos y en el chaleco. He visto uno en la playa que lucía un brillante en el meñique del tamaño de una almeja. Nos miraba á todos con desdén, y á cada paso sacaba el reloj, que parecía una tetera cuajada de piedras preciosas, para que le tuviéramos envidia.

Caminaba con la prosopopeya de milord, pero movía los pies con cierta dificultad.

—Es un millonario *brasileiro*—nos dijo uno.—Cobra una renta colosal y tiene una fortuna inmensa en alhajas.

—Noto que anda con alguna dificultad. ¿Es cojo?

—No, señor; es que lleva sortijas de brillantes en los dedos de los pies. El colmo del lujo.

Su mujer, que tiene una gran semejanza con una mona del Retiro, jaula número 4, entra en el mar con traje de raso, diadema de pedrería y brazaletes. La acompañan una negra y dos cotorras, una de las cuales canta en portugués mientras su dueña toma el baño, y la otra reza sus oraciones con la negra.

El marido, entretanto, contempla á su cara mitad desde una especie de trono que se ha mandado construir en la playa.

—¿No se baña usted?—le pregunta uno.

Y él contesta desdenosamente:

—*No; este mar é muito pequeno.*

Entre los bañistas del país que llegan aquí diariamente hay tipos muy curiosos. En su mayoría se distinguen por la corrección del traje y por su aspecto de grandes señores. Cuando pasean en la plaza, parece que dispensan un gran favor á las baldosas al ponerles el pie encima, y no se quitan los guantes ni aun cuando se afeitan.

En fin, parece que vive uno entre príncipes y magnates, y á lo mejor llevamos unos camelos horribles. Vamos un caballero de mirada altiva, con aire de hombre superior, y preguntamos:

—¿Es algún par del reino?

—No, señor—responde un hijo del país.—Es un procurador de Braga, que tiene casa de huéspedes.

LUIS TABOADA.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

IV

DE CÓMO HAGO LOS DRAMAS

E-cojo una pasión, tomo una idea, un problema, un carácter... y lo infundo, cual densa dinamita, en lo profundo de un personaje que mi mente crea.

La trama al personaje le rodea, de unos cuantos muñecos, que en el mundo, ó se revuelcan en el cieno inmundado, ó se calientan á la luz febea.

La mecha enciendo: el fuego se propaga; el cartucho revienta sin remedio, y el actor principal es quien lo paga.

Aunque á veces también, en este asedio que al *Aria* pongo y que al instinto halago, me coge la explosión de medio á medio.

JOSE ECHEGARAY.

TIEMPO PERDIDO

—Pero vamos, tú, contesta si es que quieres contestar una cosa u otra, y no te quedes ensimismado: ¡páces la tonta del higo!

—Gracias!
—¡Pues si es natural! Ves que hace un porción de tiempo que estoy dale que le das, con objeto de que rompas y ni Cristo te hace hablar. ¿Es que te falta coraje?
—¿U que te parece mal?
—¿U que no te da la gana? Pues dices que no, y en paz. Tú sigues hecha una burra manteniendo al animal de tu padre, y yo me agregó a otra menos delicada: porque ya habrás suponado que no me voy a quedar desocupado porque a ti te dé por la honestidad de repente.

—¡Claro, tú no miras el qué dirán ni las consecuencias!
—¡Vamos!... ¡Hasta ahora si que no me has re novido el aparato de la digestión, Pilar!
—¿No te ha quitao el pellejo casi too el mundo, na más que porque has tenido dos de familia con Damiano?
—Me parece.

—¿No te llevan y te traen porque me das permiso pa ir á tu casa, y no murmuran la mar porque entro al anochecer y salgo de madrugada?
—Tienes razón.
—¿No te levantan calumnias siempre que vas y llevas encima efectos de algún valor?

—Es verdad.
—Pues si conoces que lo es, ¿qué te se importa á tí ya que el Fulano u la Mengana quieran desacreditar tu condanza? Y sobre too, bien mirao, ¿qué es lo que van á decir porque te vengas conmigo, másime más siendo, como si dijéramos, la cosa más natural del globo? ¿Es honra mi madre?
—Pue que lo sea.

—¡Velay!
Pues mi madre se marchó, poco después de casá, con un botero, y no ha habido quien la llegase á tuchar tanto así, porque dejara el tálamo conyugal. Ni mi padre, que es la hombría de bien, personificá,

pero que en cuestión de afectos y vergüenza y dignidad se atreve á darle lecciones al que menos u al que más, soltó ni una frase de esas que acostumbra á pronunciar cuando se rasca; al contrario, él dió su conformidad y arrojó una sustituta pa no aburrirse. Total: ¿sí u no?

—¡Manolo!
—Si accedes esta misma tarde van á por tu catre; compramos cuatro sillas y un sofá de poco lujo, con esas pesetas que tiés ahorrás, y con esto y mi bandurria se quedá quasi amueblá la vivienda y ¡ni dos príncipes!
—¿Que tú, sin necesidad de moverte de tu casa, puedes sacarte un jornal de doce u catorce reales?
—Pues perfectamente! Va hay pa la mantención y un poco.
—¿Que da la casualidad, por esas cosas que ocurren á veces inesperás, de que yo tengo trabajo y ganas de trabajar cualquier día? Pues ya tién seis u siete reales más pa una ayuda. De manera que han de ponerse muy malas cosas pa no tener una vida desahogá, juntando lo de los dos con aseo y equidad. No ostante, ¿que tú mañana dices: «Me quiero casar legalmente?» pues me dejas el mobiliario y te vas con quien sea, que por eso no vamos á regañar. Conque ¿qué dices?

—Pues digo que yo ya estoy vacuná de la ternera.

—¿Qué gracia!
—U hablando con propiedad y clarito: que no tengo ganas de hacer el Colás, ni de pagarle los vicios á ningún hombre holgazán.

—¿Hablas en serio?
—¡Pa chasco!
—¿Pues me has matao, porque ya no quedaban más mujeres!...
—Pero que andan á patás las pobres!

—Mejor pa tí.
Así no te faltarán berricas que te mantengan.
—Y que estén mejor formás que tú, ¡so plato sin carne!
—¡Hombre, váyase está á la...

J. LÓPEZ SILVA.

IMPENITENCIA

Confesándose Rosa con el vicario, murmuraba contrita: —Yo amo á Vicente.
—¿Es pecado? — Y el cura dijo: —Al contrario! Eso es muy bueno y santo, si eres prudente.
—Yo sí; mas como estamos solos y juntos, y él dice que me quiere con toda el alma, no siempre estamos quietos como difuntos, porque él al lado mio pierde la calma.
Por más que yo me opongo, como es travieso, mis precauciones burla con su destreza; y al fin y al cabo un día robóme un beso; ¡pero fué sólo uno! —Por ahí se empieza!
—¿No hubo más? —Hasta ahora sólo eso ha habido.
—¡Hasta ahora! Eso, niña, no me hace gracia. No voldrás á estar sola, que es atrevido y tú no eres muy fuerte contra su audacia.
A ver si, cuando vuelvas á confesarte,

me dejas convencido de tu inocencia; si estás arrepentida, rezar una parte de rosario esta noche por penitencia.

Fué arrepentida Rosa... Y al mes siguiente, confesándose, dijo que el bribonazo de su novio, en el bosque, junto á la fuente, antes de darle un beso, le dió un abrazo.
Y el vicario le dijo: —¡Me lo temía! Tú debieras reñirle por su imprudencia. Esta noche sin falta reza, hija mía, dos partes de rosario por penitencia.

También al mes siguiente contrita Rosa con el padre vicario fué á confesarse. Como iba la cuitada triste y llorosa, le dijo el cura cuando la vió acercarse:
—Así, tras mis consejos, niña imprudente, vienes á confesarte! No es necesario ¡Ya os vi ayer en el bosque junto á la fuente! Conque, anda, reza y reza todo el rosario.

JOSÉ ESTREMEIRA.

LA EJECUCIÓN

Cinco minutos antes todavía contestaba yo con la mayor indiferencia:

—Sí, ahora mataré la gallina.
Cinco minutos después creía que la gallina me iba á matar á mí.
Esta era, ni más ni menos, la situación. Situación tremenda, de la que Dios libre á todo hombre de corazón (de corazón sensible).

Eramos dos en mi casa, mi mujer y yo. Miento: éramos tres, porque antes del crimen, aún vivía la víctima, como es natural y lógico.

Mi mujer estaba recién *alumbrada* (me carga el otro terminache); yo no, pero me zumbaban los oídos y pasaban ante mis ojos moscas luminosas.

La mujer que nos asistía no había de venir hasta las diez, y la ejecución debía tener lugar, como dicen los periódicos, dos horas antes.

Algo de esto me dijo mi mujer, y contesté:
—Sí, sí; voy ahora mismo.
Y me dirigí con aire aturdido (*stourdi*) hacia la cocina. Allí estaba.

Extendida, inmóvil, el cuerpo dando la banda de estribo, atadas las patas, que tocaban la puerta del cuarto de la muchacha (que no era muchacha, como he dicho), y apoyado el pico en otra puerta situada frente por frente de la primera.

Ocupaba todo el suelo de la cocina (tal me lo pareció en aquel momento) y pesaba de seguro sus cincuenta kilogramos.

La miré, me miró; no se me olvidó... Se me vienen á la boca los endecasílabos cuando me acuerdo, y se reproduce el escalofrío que me corrió por la espina dorsal, desde la nuca hasta... la terminación.

¿Cuánto tiempo pasé en aquel estado de estupor? No lo sé: lo único que puedo decir es que cuando pude arrancarme de él, me pasé la mano por la frente, y en vez de decir á la víctima: —¿me perdonas, hermano?— como era lo decente, me volví al gabinete sin hacer ruido y me puse á fumar un cigarro.

De pronto tuve una idea. Estas cosas se tienen así, de pronto. Bajé á la portería, vergonzoso es decirlo, en busca de un cómplice.

La portera se encargaría de la parte material, y la *alumbrante* y yo nos encargaríamos de hacer desaparecer el cuerpo.

¡Maldición! La portera se había ido al río muy temprano, y su esposo, agente, como es sabido, de orden público, estaba majestuosamente plantado en la esquina de la calle, y no era cosa de faltar al prestigio del uniforme proponiéndole abandonar su puesto para matar una gallina.

Pensé por un momento en pedirle prestado el sable; pero había que atravesar la calle con él, y puede que fuera lo único que atravesara.

Me contenté con exclamar con acento de la más dolorosa sorpresa:

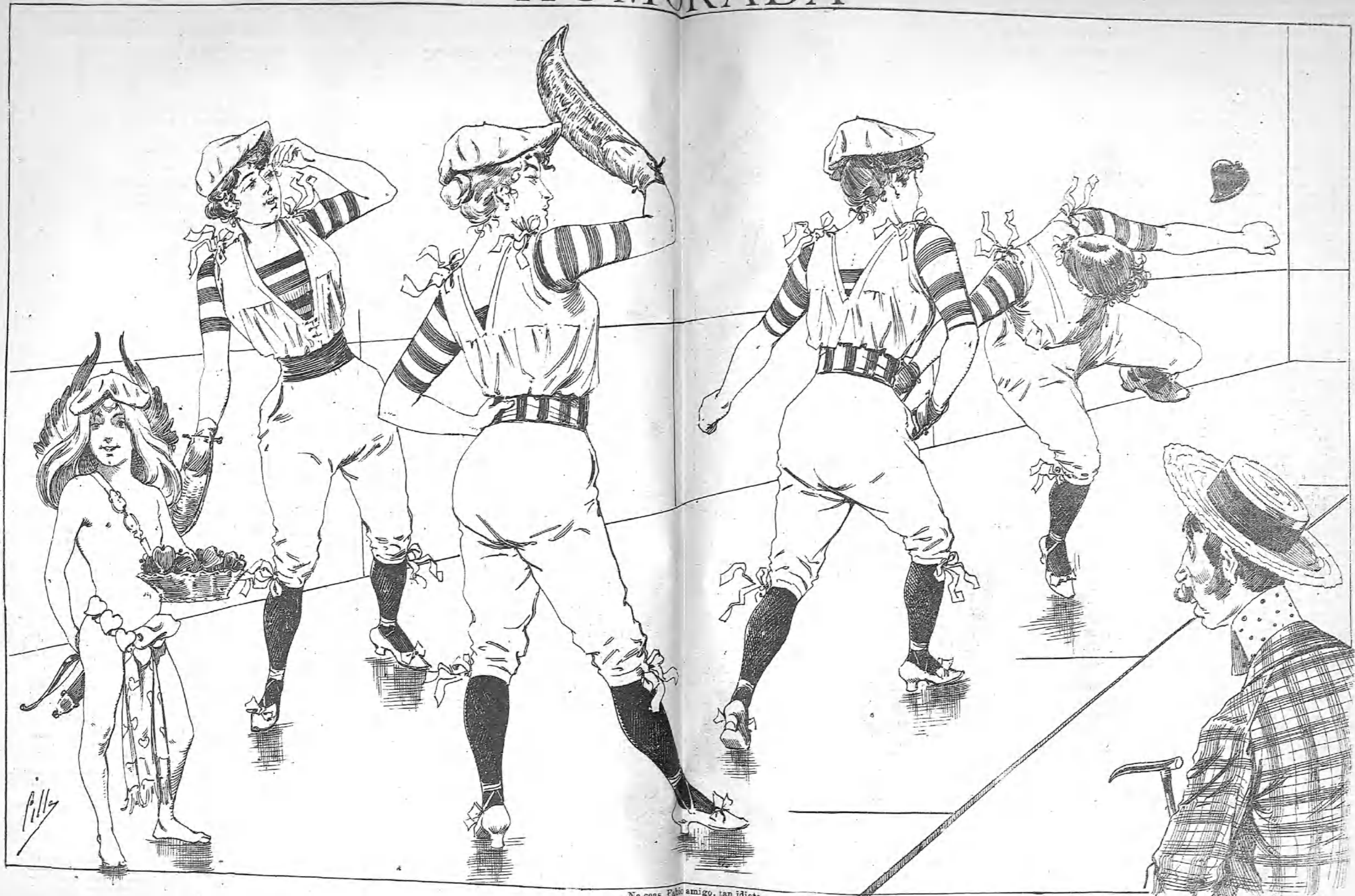
—¡Ah! ¿Conque se ha ido al río?
Como si hubiera dicho:
—¿Conque esa tia indecente no tiene la menor noción de sus deberes para con los inquilinos?

Subí otra vez á mi cuarto, y á mi paso por las puertas de los demás fui lamentando el poco trato social que hay en este Madrid. Vivíamos más de una semana en la casa y aún no tenía yo confianza con ningún vecino para pedirle la criada por un rato.

El cansancio que la subida me producía refrescó mi espíritu y me comunicó algún valor.

—¡Peh!— me dije.—Aquí no hay nocturnidad, ni escalamiento, ni fractura, como no sea que le fracture una costilla en la lucha. Aquí no hay más sino coger la cabeza de... ésa con la mano izquierda, levantar el cuello empujando con el dedo índice, dar

HUMORADA



No seas, Fabio amigo, tan idiota
que des tu corazón a las mujeres,
pues como ellas entiendan que las quieres
han de jugar con él a la pelota.

unos cortecitos por encima para un lado y para otro, como si se tocara el violín... y nada más.

Cuando llegué á mi cuarto me senti desfallecer. La gallina invadía con su cuerpo el pasillo.

Mi mujer llamaba, sonaban las nueve, un vértigo feroz se apoderó de mí y me arrojé sobre la gallina exclamando:

La portera no me oyó,
y pues sus puertas me cierra...

Pido perdón al lector por ciertos detalles. Yo no sabía lo que me pasaba, ni lo que me hacía.

Y lo que estaba haciendo era una barbaridad, si señor. Había cogido la cabeza de la gallina y, como si el animal fuese una honda, daba vueltas y vueltas...

¡Qué horror! Saltó el cuerpo, me quedé con la cabeza en la mano, el cuerpo corría por la cocina buscando su cabeza, tropezó con la tinaja, cayó aleteando, y un instante después... la vindicta pública estaba satisfecha y yo pronunciaba fervorosamente mis votos en la orden de religiosas franciscanas.

Por lo menos hubiera debido hacerlo.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

EL AGUA DEL LOZOYA

Mientras mi amiga Dolores salió á hacer unas visitas, recibí Petra á su novio, soldado de artillería, que iba á despedirse de ella (pues le mandan á Galicia) y llevaba un envoltorio de ropa en su compañía. De cuánta expresión de afecto fué testigo la cocina! Dejé el soldado su lío, mientras duró la entrevista, colocado sobre el borde de una tinaja magnífica que allí estaba llena de agua del Lozoya pura y limpia. Los tíernos enamorados no advirtieron la caída del equipaje del novio en el agua cristalina, y este diálogo expresivo fué el final de la visita:

—¿Me vas á olvidar, tunante?
—*Eufemías.*

—¿No será grilla?
—¿Que parta un rayo á mi jefe si lo que digo es mentira!
—¡Borrícote!
—¡Retrechera!
Deja que te abrace.

—Quita, que por apretarme tanto casi siempre me lastimas.
—Ven acá, paloma inculta.
—¿Te quisiera estar quieto? Mira que te doy con las tenazas en los hocicos.

—¡Tontilla!
—Si yo no me *extranillo* pa que te pongas así!
—Es que está curioseando lo que hacemos la Francisca, esa lechuga de enfrente, que se peca de envidia.
—Bueno, pues adiós, pichona, que ya el tren de Andalucía va salir pronto pa Lugo.

—¡Bah! ¡No llores!... Que me escribas y me mandes dos pesetas pa que te compre unas ligas y un relé de remoussaire con cuerda pa mientras vivas.
—¿Me serás fiel?

—Como un bestia.
—Mí que las hay mu rollizas y yo sé tus aficiones á no comer de vigilia.
—Te juro que... (*Suena el timbre.*)
—¡Dios santo! ¡Mi señorita!
—¡Se hundió la casa!

—Anda, vete por esa puerta enseguida.
—Como me olvidéis... te dejo.
—¡Nunca!
—¡Adiós!

—¡Hasta la vista!

Pasó el susto, mas á causa de la emoción y la prisa, no reparó la sirvienta en que su novio se había dejado allí el equipaje, y durante la visita fué el agua de la tinaja viéndose favorecida por un pañuelo, seis cuerdas de guitarra, dos camisas, la historia de Bertoldino, dos alpagatas, tres libras de tabaco, unos calzones y catorce perras chicas.

Trascurrida una semana, fui á comer con Lola un día y, enseñándome una copa que estaba llena hasta arriba, exclamaba:—¡Es irritante lo que pasa en esta villa! En cuanto el tiempo está un poco revuelto, es cosa sabida: el tal agua del Lozoya casi nunca sale limpia. ¡Cuidado que viene turbia desde hace unos cuantos días!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

ÉXTASIS

Enlazadas las manos sobre mi espalda, reclinada mi frente sobre tu falda y alzando la cabeza de vez en cuando para saber que siempre me estás mirando, los años que me quedan me pasaría sin otras ambiciones ni otra alegría. Ya sé que así no somos ambos felices, puesto que tú, aburrida, siempre me dices: —¿Qué adelantas con eso?— ¡Que qué adelanto! ¡Si eso es una delicia! ¡si es un encanto! ¡si ése es de los placeres más verdaderos y el único que dura siglos enteros! Así fluye la dicha constantemente y no puede agotarse nunca la fuente, porque jamás se pierde la dulce calma.

ni cae en el hastío rendida el alma. El pensamiento aumenta tus perfecciones, conserva siempre frescas las ilusiones y el goce desprovisto de la impureza redobla el atractivo de tu belleza. Así mi amor patente vivo te entrego sin que el placer logrado me apague el fuego, y puedo, á puro besos, volverte loca sin que á mí se me canse jamás la boca. Cierto que allá en el fondo, cuando te veo, con furiosos arranques late el deseo, y al dominar la hoguera que va avanzando saltan fuera las chispas de vez en cuando: cierto que es sueño el goce tranquilo y suave, pero así se consigue que no se acabe, y en soñar dulcemente pongo mi empeño, ¡porque el otro, el más fuerte, también es sueño!

SINESIO DELGADO.

DOS CARTAS

I

«Querido padre: ¡Me caso! Antes de dar este paso lo he pensado seriamente, y crea usted francamente que no me espera un fracaso.

Mi Lucila es hechicera, la más linda costurera que pone su pie en la calle, y tiene un talle, ¡qué talle! ¡lo mismo que una palmera! ¡Y un acento tan salado! ¡Y un seno tan elevado! ¡Y una garganta! ¡Y un piel... En fin, que le digo á usted que estoy la mar de chiflado.

Yo sus palabras escucho y ella mis frases escucha. ¡Nos queremos mucho! ¡mucho! ¡Igual que la trucha al trucho! ¡Y si viera usted qué trucha!

En fin, que no puedo más y ya no me vuelvo atrás porque tengo *vocación*. Espera su bendición su hijo, que le quiere,

Blas.

II

«Querido Blas: Con sorpresa leí tu carta, y me pesa el conocer tu locura. ¡Estudiabas para cura y ahora me sales con eso...!

—¿No comprendes, insensato, qué dirá la vecindad, ¡miren, miren el beato! ¡Nada, te mató, te mató! ¡Jesús, qué barbaridad!

Abandona esas quimeras, déjate de costureras, que son estopa y tú fuego; tú sé cura, y luego... ¡luego puedes hacer lo que quieras!

Si te casas con Lucila no esperes mi bendición. Tu padre,

Pantaleón.

Posdata. ¡No seas líla! Nota. ¡No seas melón!

Por la copia,

EUGENIO CONDE.

¡POR SI ACASO!

Diz que San Pedro un día, por mandato de Dios, la portería del cielo abandonó; con un encargo (que si á juzgarse va por lo apremiante era muy importante) tuvo que ir á la tierra nada menos. Como el viaje era largo y dicen que San Pedro siempre ha sido un santo prevenido, llevó como equipaje una manta de viaje, un paraguas de seda que tenía *por si acaso* llovía, y ¡asómbrese el lector! una *chistera* guardada en elegante sombrerera, tan nueva y reluciente que á mí me hace pensar si expresamente estaría comprada para llevar á cabo la embajada. Poco antes de partir la diligencia, presentóse San Pedro á la presencia del Señor, que le dijo: —Para hacer este encargo á ti te elijo, puesto que en ti he encontrado, como en nadie, excelentes condiciones. Tú eres bueno.

—Señor...

—Pruebas me has dado en varias ocasiones de serlo. De este modo, como el mundo á que vas está del todo hace tiempo perdido, regresarás tan santo como has ido. —¿Desconfiáis, Señor?

—No, que estoy cierto de tus muchas virtudes; te lo advierto, y advertirlo no estorba, *por si acaso* se te ocurriera dar algún mal paso.

Llegó San Pedro al mundo, y enseguida

cumplió el encargo que el Señor le diera; mas cuando fué cumplida la importante misión, de esta manera diz que el santo pensó: «Pues que soy santo y del vicio me espanto, no creo yo que hubiera ningún inconveniente en que otro día mi estancia prolongara; así me iría al cielo convencido de que el mundo ¡oh dolor! está perdido.» En práctica á poner su pensamiento iba el santo varón, en el momento en que vió á una chiquilla tan barbiana que, al verla, afirman que perdió la gana de prolongar su ausencia, y que, alargando el paso, de nuevo se metió en la diligencia exclamando al marcharse: «¡Por sí acaso!»

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.



¡Qué demonio! Si no lo digo reviento.

Han de saber ustedes que en el presente mes empezaremos á publicar una serie de cuentos del insigne novelista D. Jacinto Octavio Picón, que los escribirá expresamente para el MADRID CÓMICO, honrándonos, con tan fausto motivo, con su colaboración asidua.

Los cuentos irán ilustrados y alternando con ellos publicaremos, si Dios nos da salud, historietas, caprichos, etc., de Cilla, *Macachis* y Escaler, fuera de las planas destinadas habitualmente á monos...

No tengo más que decir á ustedes.

Tropezó un ciego con Diego
en la calle de San Pablo,
y dijo el ciego:—¡Qué diablo!
¡parece que está usted ciego!

MIGUEL S. DE MERA.

Pues señor, un día leí en *La Correspondencia* lo siguiente:

«Charada.
Es letra vocal primera,
la segunda consonante...»

Y al día siguiente: «Solución: Cáceres.»

¡Porral! ¡Conque ca es letra vocal, eh?
¡Así me pasé yo la noche en claro indtilmente!

¡Que don Cristino González
tiene profundo talento?
¡Muy profundo, muy profundo!
¡Ni con lentes se lo vemos!

MANUEL MERA.

Siento yo muchísimo que el Sr. Bosch y Fustegueras no lea el MADRID CÓMICO. Porque si lo leyera, no hubiera hecho rectificar oficialmente á un artículo de *El Imparcial* en que se decía que se habían consignado sesenta y siete mil pesetas para la tirada de carteles.

El señor alcalde, como quien hace una gracia, dice que no, que no son más que cuarenta y seis mil pesetas. ¡Y justamente esa cantidad es la que nos ha parecido excesiva después de hacer muchísimos números!

¡Ahí Por supuesto, la partidita sigue figurando en el presupuesto de gastos del centenario.

Y siguen sobrando los ocho mil duros.
Y el que venga atrás que arree.

Sólo un beso pidióme Estefanía
y yo le doy cuarenta cada día.
¡Si me pidiese un duro,
no le daba cuarenta, de seguro!

Diez años de mi vida á los placeres
del vino y las mujeres consagré.
Conozco bien el vino. Las mujeres...
¡conózcalas usted!

FEDERICO CANALENAS.

Un corresponsal del *Peñ Journal* telegrafía desde San Sebastián á su periódico que aquí estamos materialmente comidos del cólera.

¡Bien hecho, hombre! Ahora sólo falta que sean ustedes los que nos pongan cordones sanitarios.

Que, en este caso, vendrían á ser la venda del cuento.

No hay nada más pernicioso que el mal ejemplo.
¿Se acuerdan ustedes de aquel maestro de escuela que llamó la atención pidiendo limosna en Málaga?

Pues va á tener imitadores.

Los de Lorca se disponen á visitar la ciudad de Murcia con idéntico objeto... y acabarán por hacer lo mismo todos los de España.

Porque en cuanto se enteren los pocos alcaldes que pagan todavía, van á decir á los maestros:

—¡Vaya, no sean ustedes posmas! ¡Mientras sus compañeros viven tan guapamente de la caridad pública, ustedes prefieren estarse tumbados á la bartola cobrando su sueldo de *bóbbis*? Pues ¡nada! no quiero que me digan que se derrochan los fondos municipales.

Y ¡los echarán con cajas destempladas.

Aquí yace un abogado
de tan cerrada mollera,
que no tuvo un solo pleito
y se murió haciendo pleita.

MIGUEL JIMÉNEZ MERIDA.

Libros:

El serocero, zarzuela cómica en un acto y en verso, original de los señores Perjón y Palacios, música de Valverde (hijo), estrenada con gran éxito recientemente en el Teatro del Tivoli.

El novio de su señora, juguete cómico-lírico, en un acto y en verso, original de los mismos autores, música de Valverde (padre), y estrenado también con buen éxito en el Teatro de Recoletos.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Cascarillas.—Si; quéjese usted de lo pesado que es el griego, porque todas lamentaciones serán pocas, pero no en verso castellano, porque no le sale á usted con *chic*.

Taladeigherit.—¡Seis versos y uno corto y otro largo!

¡Pues merece un impuesto... con recargo!

Gua...gua.—Tiene gracia y está bien hecho. Pero ¡caracoles! acaba por dar náuseas.

Mamarrachero.—Digo de la nueva lo mismo que de la otra. Es una lástima que la manoseada vulgaridad del final lo eche todo á perder. Y no está en la forma el *quid*. Está en la idea.

¡Qué!...—Que ésa, desgraciadamente, me gusta mucho menos que las anteriores.

¡Resultado?—Poco.

Quintillas.—Muy bien versificada. Si puede usted, arregle ese final, que es igual exactamente al de una composición publicada aquí mismo (con una idea parecida), y mándela de nuevo con su firma.

Un incipiente.—Los suscritores no tienen privilegio alguno en punto á originales. Las composiciones que usted envía son bastante medianas. Y una de ellas, además, larguísima. ¡Como que tiene ciento ochenta versos!

Radanitas.—Los tres son demasiado cándidos. No puedo sacarle á usted de la duda porque no conozco ese libro.

Gasparina.—Muy bonita, pero ¿sabe usted dónde estaría mejor? ¡En un devocionario!

Tarfa.—Irreverente y atrevidilla como ella sola.

Dentadura.—No deja de tener gracia, pero no es eso de lo que se trata, sino de que cada autor diga su propio sistema. Y como usted comprende...

Men Rodríguez.—Si tuvo volos, pero, avisados á tiempo, los dimos por no recibidos. ¡Porque hubiera tenido el lance poquísimamente gracioso!

Sr. D. S. H.—¡Ay, no! No se puede felicitar públicamente á la prenda amada en un soneto con motivo de su cumpleaños. Ni casi con ningún otro motivo.

Sr. D. M. M. D.—Bastante descuidada está la forma. Porque, sin ir más lejos, los versos:

«Rendido en brazos de Morfeo»

«Se apoderó de mí un temor»

«Haye de este mundo traidor...»

no son octosílabos. No hay más que verlos.

Vicentillo.—¡Pues no es poco viejo eso, camarada!

¡Al fin?—No, porque apuesto lo que usted quiera á que los versos «á cierto doctor *in utroque*» epadece de extrañas manías «y tiene razón, que el bolonio,» tienen más de ocho sílabas, y no era eso lo que se proponían ellos. Aparte de eso, los epigramas son la para inocencia.

Palitos y palotes.—Tampoco está bien desarrollada la idea. No tiene usted que apelar á mi paciencia, porque esto es un deber que cumplo con gusto. Quien tiene que pedirle soy yo, para aguantarme el machaqueo.

Sr. D. M. P.—Eso resultaría mejor dicho en solos cuatro versos; dos para lo del mundo y dos para lo de la maleta; ¿comprende usted?

MADRID, 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.

Libertad, se duplicado, bajo.

ANUNCIOS



La Virgen del Pilar dice que bebían los españoles el rico Aragón *cognac* de la fábrica de Lóbes. Zaragoza.

CANTARES



Cien años después de muerto saldré de la tumba fría á recordar el almuerzo que me di en Las Tullerías. Matute, 6.



Fuí al mar después de afeitarme en el salón de Tomás, y me dijeron los peces: —¡Qué bien afeitado estás! Alcalá, 40.



Me llevaron al infierno, me echaron en la caldera, y no se me echó á perder el pantalón de Pesquera. Magdalena, 20.



Aquí á tu puerta venimos cuatrocientos en rondalla, Si quieres que nos quedemos, saca cuatrocientas camas (!).

(*) Del Bazar de la plaza de la Cebada, núm. 7.



Los ángeles de la gloria, cuando no saben qué hacer, pesan el rato bebiendo *cognac fino de Moguer*. Sobrinos de Guinea, Carretas, 27



Tienes tantos envidiosos mi camisa de Martínez, que hasta me acuestó con ella para que no me la quiten. San Sebastián, 2.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



Anda, vé y dile á tu madre que, si me rompe las muelas, me voy á casa de Tirso y me ponen otras nuevas. Mayor, 73.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil sobre ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

Á corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 3, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPECHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañIA COLONIAL

TAPIOGA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID